

¿Y si le creemos a Sancho Panza?

SILVIA PAPPE*

Imaginemos que en Toledo se descubre un papel con un texto arábigo y que los paleógrafos lo declaran de puño y letra de aquel Cide Hamete Benengeli de quien Cervantes derivó el Don Quijote. En el texto leemos que el héroe (que, como es fama, recorría los caminos de España, armado de espada y de lanza, y desafiaba por cualquier motivo a cualquiera) descubre, al cabo de uno de sus muchos combates, que ha dado muerte a un hombre. En este punto cesa el fragmento; el problema es adivinar, o conjeturar, cómo reacciona don Quijote.

Que yo sepa, hay tres contestaciones posibles. La primera es de índole negativa; nada especial ocurre, porque en el mundo alucinatorio de don Quijote la muerte no es menos común que la magia y haber matado a un hombre no tiene por qué perturbar a quien se bate, o cree batirse, con endriagos y encantadores. La segunda es patética. Don Quijote no logró jamás olvidar que era una proyección de Alonso Quijano, lector de historias fabulosas; ver la muerte, comprender que un sueño lo ha llevado a la culpa de Caín, lo despierta de su consentida locura acaso para siempre. La tercera es quizá la más verosímil. Muerto aquel hombre, don Quijote no puede admitir que el acto tremendo es obra de un delirio; la realidad del efecto le hace presuponer una pareja realidad de la causa, y don Quijote no saldrá nunca de su locura.

Jorge Luis Borges, "Un problema"¹

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ Jorge Luis Borges, *El hacedor*, pp. 35-36.

Trazar el camino

Las siguientes notas tienen que ver con distintos mundos, con la percepción y el reconocimiento de una o varias realidades, con universos paralelos. Tienen que ver con el conocimiento y con lo que uno cree conocer, y tienen que ver con la manera de cómo uno explica aquello que no sabe, aquello que es objeto de choques, tropiezos y roces.

Debo admitir, fuera de toda retórica, mi ignorancia: no sé qué *Quijote* estoy leyendo, y no me refiero a las distintas ediciones, y menos aún a traducciones, adaptaciones, o versiones. No dispongo, a cuatrocientos años de la primera edición, ni de la cultura básica de un lector de 1604, ni de la académica especializada de 2005, ni de la erudición que ofrece el amplio horizonte de las lecturas e interpretaciones, o de los *Quijotes* apócrifos, las parodias, los grabados, las versiones para cine; ni siquiera soy de los que se toman el tiempo para leer a conciencia la edición crítica que proporcionan las Academias de la Lengua. Y no obstante, uno que otro efecto de los cuatrocientos años que el caballero de la triste figura lleva entre nosotros, tiene que haber atravesado mis ideas fragmentarias y poco integradas en torno a este libro que responde a una de las tantas definiciones de Italo Calvino de los clásicos, y responde a la perfección:

Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres).²

Pensemos en Don Quijote, el caballero andante, que ve y vive un solo mundo; sus sentidos, su percepción, los lugares de su conocimiento y de su memoria, y también los lugares que conoce sin recordarlos y que recuerda sin conocerlos, la manera de actuar y de dar

² Italo Calvino, *¿Por qué leer los clásicos?*, p. 15.

sentido a su entorno y su propia vida, todas sus preocupaciones, sus respuestas, sus reacciones conscientes e inconscientes, todo ello está perfectamente arraigado en el mundo de los caballeros andantes. No importa si este mundo pertenece a las novelas de caballería o, desde el punto de vista de otros personajes, al pasado. No importa si Jorge Luis Borges inventa una parábola con otro Quijote, otro Cervantes que bien podrían ser los mismos. Mientras él, Don Quijote, viva, vive y sobrevive este mundo.

Los vecinos y moradores de los alrededores, los pastores y las muchachas del campo, la gente del pueblo, el dueño de la venta, los sirvientes, aun el cura y el barbero y, por supuesto, Alonso Quijano, se ubican y ubican sus experiencias en un solo mundo, una sola realidad conocida, compartida, coherente. Para las personas letradas, las novelas de caballería son un referente importante ya que permite explicarse el origen de los disparates de Don Quijote. Los vecinos, la gente del campo y de las rancherías y los pueblos, las acciones de un enloquecido Alonso Quijano, de un fuereño lleno de disparates que se llama a sí mismo Don Quijote y caballero andante, se convencen pronto de dos cosas: alguien que ve las cosas de manera completamente distinta y que actúa y se relaciona con los demás de acuerdo con esta visión, necesariamente padece de locura —pero además, puede resultar peligroso.

Sancho Panza parece pertenecer, a primera vista, a los que son mayoría: experimenta y vive el mundo de la gente del pueblo, de los vecinos, de conocidos y desconocidos en general. No podría, por sí solo, percibir el mundo de los caballeros andantes en el que Don Quijote vive su extraordinaria cotidianeidad. Su convivencia diaria con su amo, sin embargo, lo acerca una y otra vez, peligrosamente, a un mundo distinto donde nada es lo que parece, si quiere creerle a quien tiene que creer, su amo. Es evidente que ni puede vivir en el mundo de la caballería, dados sus escasos conocimientos, pero tampoco puede dudar siempre de lo que le explica y de lo que le hace ver, por instantes, su señor. De manera indirecta, quiere y tiene que mediar, intenta aclarar y traducir, de un lado y del otro, el mundo

ajeno, invisible, inimaginable incluso, del otro. A él se le presenta un problema serio.

Uno como lector va y viene, por lo general: con Don Quijote, andando en su mundo y a la vez atravesando el mundo de los demás; uno como lector depende, ante todo, del narrador: del narrador principal, de los narradores internos, de la estructura de los relatos intercalados y de quienes los cuentan, de lo que observan y comentan los personajes, de cómo dialogan entre sí, de cómo se refieren a este extraño loco que insiste en actuar como si el mundo fuera distinto. Y uno va con Don Quijote y regresa con las personas de juicio (de sentido común, digamos), para partir, de nuevo, con Don Quijote y volver ¿con Alonso Quijano?

¿Y Sancho Panza, me pregunto? ¿Qué lector va y viene con Sancho Panza? ¿Qué lector, en sus cinco sentidos, ve el mundo como lo ve Sancho Panza?

Uno como lector dispone, por lo general, de su propio mundo, el de la lectura precisamente, que se combina con una capacidad medianamente racional de distinguir entre la realidad cotidiana propia, y lo que sucede en un libro y nos lo cuentan como verdad, como algo que sucedió en otra época o en otras partes del mundo, o como algo verosímil, posible. Y sabemos distinguirlo incluso cuando nos imaginamos que podría formar parte de nuestra propia vida, por medio de la lectura de lo que, experiencia de otros, ha sido convertido en relato histórico o literario. Tenemos, pues, la facultad de distinguir entre la vida cotidiana que incluso puede llegar a ser extraordinaria, inesperada, sin dejar de ser realidad propia, y la literatura o la historia. Pensamos que el problema, si lo hay, es saber distinguir entre realidades varias del presente y del pasado, y lo que llamamos ficción e imaginario; encantamientos y embrujos; ensueños, delirios y quimeras; o bien disparates, locuras. Quijoterías.

Uno como lector puede, por lo general, entrar al mundo de la lectura y volver a salir. Y no digo que no nos afecte, que no cambie nuestra forma de ver, de pensar, de sentir, pero volvemos a salir. En

el caso de un libro como el *Quijote*, uno puede incluso entrar en el mundo de la lectura con todo tipo de obsesiones muy personales, confrontarlas, seguirlas a lo largo del texto escrito hace cuatro siglos, y volver a salir —del texto, de la lectura, no de las obsesiones. Esas, diría yo, se enriquecen.

Y aquí voy, entonces, con una de mis manías, con la convicción de que nada de lo mencionado tiene que ver con supuestas diferencias entre realidad y ficción, ni con el hecho de que las cosas del pasado no se me confunden con mi mundo presente, aunque evidentemente aquel influye en éste. El problema es otro, es encontrar aquel elemento que me permite no sólo reconocer, sino situarme en los distintos mundos, los de las experiencias cotidianas y los referidos mediante un texto literario; aquel elemento que sostiene uno y otro. Es ésta, pues, la obsesión que guía mi entrada al *Quijote*: al libro, pero también a lo que este libro pudo haber provocado en otros lectores.

Tres ámbitos (uno, dos, tres) y sus respectivas contrapartes (uno bis, dos bis, tres bis), tres entradas y sus respectivos “bises”, estructuran el camino:

- Uno, el mundo de Don Quijote / y uno bis, su imposible y a la vez innecesario traslado a las vidas cotidianas de los demás.
- Dos, la cotidiana realidad / y dos bis, el potencial de la cotidianeidad como una especie de escenografía.
- Tres, Sancho Panza y su tarea, difícil e involuntaria, de “mediar”, o por qué Sancho Panza parece ser de juicio más bien limitado / y tres bis, ¿Y si le creemos a Sancho Panza?

Uno, el mundo de Don Quijote



/ y uno bis, su imposible y a la vez innecesario traslado a las vidas cotidianas de los demás.

La escena es famosa y, si se piensa a cuatro siglos de distancia, en el urgente fomento a la lectura, poco edificante: "así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio".³ La pérdida del juicio, sin embargo, no es inmediata; el narrador alude a las discusiones entre Alonso Quijano y los doctos y leídos de su pueblo (el cura y el barbero) acerca de cuál de los caballeros, figuras principales de un sinnúmero de libros y del mundo noble de la caballería, fue el más noble y destacado; cómo pudieron haber terminado las aventuras cuando los libros no lo decían, "y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra como allí se promete";⁴ enfrascado en la pretensión de descifrar determinadas frases con las que queda encantado, sobre la razón de la sinrazón, por ejemplo, poco a poco va perdiendo el juicio: la lectura lleva a los desvelos, éstos al descuido de lo propio y a la fantasía de "hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban", y donde acabaría por cobrar "eterno nombre y fama".⁵

Con la pérdida de juicio, se pierde la distinción entre lo que se lee y lo que se vive; más allá de la discusión en torno a los caballeros andantes, Alonso Quijano pretende participar de este mundo y convertirse a su vez en caballero, con el fin de igualar, ya que no superar, a los caballeros más admirados. La salida al mundo "real", se ha

³ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición del IV Centenario, pp. 29-30.

⁴ *Ibid.*, p. 29.

⁵ *Ibid.*, p. 31.

dicho infinidad de veces, es provocada por la entrada al mundo de los libros, un mundo un tanto mítico, ciertamente heroico asumido como propio, como proyecto de vida. Cuanto mayor el deseo del hidalgo de ver convertido en realidad el mundo de los libros, tanto mayor la fuerza de los propios libros sobre la realidad. El mundo de Don Quijote se comprobará como verdadero en el momento en que un bachiller de su lugar de origen leerá acerca de sus aventuras, justamente, en una obra literaria: no importa que el autor se burle del caballero de la triste figura, ni que insista en su locura; en el momento en que hay un libro sobre él, su vida irreal y fantasmagórica, sus delirios, locuras, visiones y encantamientos cobrarán vida real en los ojos de los demás.

No me quiero referir a la enorme cantidad de argumentos racionales con los cuales otros personajes intentan convencer a Don Quijote de que el mundo de los caballeros andantes pertenece al pasado, y sus representaciones literarias al imaginario; tampoco pretendo recuperar las veces que el propio Quijote refuta esos argumentos. Quiero mencionar, más bien el elemento principal, el raciocinio, que permite a Don Quijote llegar como solitario caballero a un territorio que tiempos atrás estaba poblado de caballeros, escuderos, enemigos a vencer y damas a rescatar. Es evidente que el propio Quijote tiene una explicación razonada para todo: históricamente, se inscribe en las experiencias de aquellos otros caballeros; lo que pareciera indicar que ya no existen las condiciones para la vida de un caballero andante, las adversidades que él mismo experimenta, el hecho de que nadie parece compartir su visión del mundo y menos su manera de interpretar la realidad, las adjudica ya sea a encantamientos, a la presencia de fantasmas, de gente del otro mundo, ya sea a fuerzas enemigas que tratan de hacerlo desistir de sus nobles propósitos. Lejos de que esas adversidades le remitan a las diferencias entre un mundo del pasado que únicamente sobrevive en la literatura, y otro real, refuerzan su argumentación y su identidad como caballero andante: encantamientos, fantasmas, fuerzas oscuras forman parte del mundo de caballería.

Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento: solamente venia a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería.⁶

Las explicaciones de Don Quijote son propias de su visión del mundo, pero también son propias de este mundo en sí. Me explico: allí donde a todos les consta que las diferencias entre lo que Don Quijote dice ver, y lo que ven ellos, son abismales, el propio Don Quijote sabe –y eso es fundamental: *sabe*– que ellos son víctimas de una serie de engaños que él logra evadir. *Sabe*, además, que existen gigantes, que hay damas en desgracia, armas que velar, ejércitos enemigos; y *sabe* cómo debe actuar. Allí donde todos saben diferenciar, don Quijote sabe diferente, dispone de un acervo de conocimientos y verdades diferentes. “Yo no sé de historias”, dice en una ocasión, y cita sus fuentes: la biblia que no puede mentir y, nos consta, habla de gigantes; y los libros de caballería: no como literatura, ni como historias, sino como fuente tan apegada a la verdad como la biblia. “Puede ser”, concede a regañadientes el cura que hasta antes de que se citara la biblia, había sido muy capaz de distinguir entre verdad y mentira; a fin de cuentas parecía cosa de sentido común:

¿Y cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella ininidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpés, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos... y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen?⁷

⁶ *Ibid.*, p. 503.

⁷ *Ibid.*, p. 503.

Dos, la cotidiana realidad



/ y dos bis, el potencial de la cotidianeidad
como escenografía.

Don Quijote actúa de acuerdo a cómo interpreta lo que ve y se puede adaptar a lo que se supone hace un caballero andante, considerando al pie de la letra una serie de requerimientos cuya existencia resulta incuestionable: doncellas y enemigos, en primer lugar, pero también lo que se suele interpretar como una serie de características que no pertenecen a la realidad cotidiana común, pero sí a la de un caballero: fantasmas, encantamientos...

Para la gente común, este mundo de caballería es un mundo de fantasía; lo que me parece relevante es desde su punto de vista, y con su capacidad de diferenciación, no hay sino realidad cotidiana, y fantasía, lo irreal, lo inventado. No saben distinguir entre imaginario, disparate o locura por un lado, y el mundo de los caballeros andantes por el otro. Con el fin de mofarse de Don Quijote y su escudero, los invitan a subir a un caballo de madera, Clavileño, y les prometen un insólito viaje por los aires. El resultado es insólito desde el momento en que Sancho Panza afirma haber llegado al lugar mítico de las siete cabrillas, haber jugado con ellas, haber visto la Tierra como si tuviera el tamaño de un grano de mostaza. Narra detalles, inventa anécdotas sobre su aventura, finge amplia experiencia, y si uno le cree sus alegatos, el relato de su aventura, cabalgando junto a Don Quijote, no cabe duda alguna que existe un mundo fantástico, imaginario, sólo percibido por quienes tienen un don especial. Sólo que en el mundo de los caballeros andantes no es ni fantástico, ni imaginario, y desde luego, Don Quijote corrige: "o Sancho miente, o Sancho sueña".⁸

Jorge Luis Borges, en una distinción muy suya entre realidad e irrealidad, parece tomar partido del lado de los que viven en una realidad

⁸ *Ibid.*, p. 864.

que no se ve afectada por el mundo de los libros. Si bien luego se borran las diferencias, no cabe duda que la experiencia se integra a los libros, no a la inversa; en la "Parábola de Cervantes y de Quijote",⁹ el narrador borgiano afirma que "toda esa trama [la de la parábola] fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII". El Quijote correspondiente, "crédulo, [...] perturbado por la lectura de maravillas, dio en buscar proezas y encantamientos en lugares prosaicos que se llamaban El Toboso o Montiel". Don Quijote, el de Borges, el de Cervantes, parte de los libros, de un mundo que percibe como idóneo más que irreal, y cuyos ideales se honran viviéndolos, aunque fuera en lugares prosaicos. La meta, cobrar "eterno nombre y fama", se cumple cuando se publica el libro sobre él, Don Quijote de la Mancha. Como en el caso de un Amadís de Gaula o cualquiera de sus héroes, la prueba última de sus aventuras, batallas y proezas como experiencia real que rebasa su imaginario, es que alguien lo cuenta en un libro.

Tres, Sancho Panza y su tarea, difícil e involuntaria, de "mediar", o por qué Sancho Panza parece ser de juicio más bien limitado



/ y tres bis: ¿Y si le creemos a Sancho Panza?

Crearle a Sancho Panza no quiere decir que el buen Sancho tenga una visión clara acerca de su propia vida, ni de los lugares donde se

⁹ Jorge Luis Borges, "Parábola de Cervantes y de Quijote", en *El hacedor*, pp. 45-46.

encuentra; no significa que diga, explique o discorra en torno a un tema, que exponga su experiencia, que logre expresar sus puntos de vista. Tiene su propia lógica y alega frecuentemente con su señor; dispone además de cierta experiencia y de sentido común, elementos que a los demás les bastan y sobran para declarar que Don Quijote está loco. Pero a Sancho Panza no le sobran, ni siquiera le bastan, porque su convivencia cotidiana con el único caballero visible de estos lugares le obligan a confrontar su experiencia y su sentido común con lo que su amo "sabe": con el conocimiento. Está convencido, como los demás, que el exceso de lectura y la falta de sueño y de cuidado personal, especialmente la falta de buena y abundante comida, han llevado a Don Quijote a la locura, pero eso no quita que los libros contienen el conocimiento, que su amo dispone de este conocimiento, así como el cura del suyo gracias a otro libro, la biblia, y él, Sancho, no.

Si algo faltaba para confirmar la razón de ser de sus dudas, provocadas por la confrontación entre experiencia y sentido común por un lado, y conocimiento libresco por el otro que impide, además, la posibilidad de fingir una experiencia, es la noticia de que existe ya un libro muy difundido, muy leído sobre las aventuras de Don Quijote. La noticia, dada a conocer por un bachiller recién graduado, un letrado, no sólo da cuenta de que la vida de Quijote es "real" (se escribe acerca de ella); para Sancho Panza, su propia vida adquiere una dimensión distinta. Ahora, él forma parte del conocimiento de los demás, de los que leen, de los que tienen acceso a algo más que el común de la gente.

Pero contrario a lo que sucede con Don Quijote que se ve afirmado en su mundo de caballería, y de lo que sucede con quienes leen las historias sobre él como leen historias sobre Amadís de Gaula y tantos otros, sabiendo que leen literatura, a Sancho se le hace más fuerte la duda entre lo que observa, juzga y vive, y lo que le dice ahora no sólo su amo, sino también este libro que "sabe todo", hasta el último detalle, de lo que le ha sucedido. Si un autor en particular "sabe" de él, Sancho, de las palizas que le han dado, de las batallas

perdidas, los moretones, los gigantes y los molinos, y si lo que “sabe” el autor es verdad aunque no tenga que ver con caballeros y escuderos y doncellas y ejércitos de a de veras, si este autor “sabe”, ¿no será que tantísimos otros, que escribían de caballeros andantes, también “sabían”?; ¿y que Don Quijote, que lo ha leído todo, “sabe”?

Crearle a Sancho Panza significa creer en la posibilidad de la duda en cualquiera de los casos: la duda de que la experiencia cotidiana, los sentidos, la observación inmediata, no explican todo, no siempre; y la otra duda: que pese a todas las pruebas contrarias, puede haber algo de cierto en los libros, puede haber algo de verdad en lo que describen, por insólito que eso parezca. El problema, como decía, no es saber distinguir entre realidad y ficción.

El problema, uno de los posibles, podría formularse de la siguiente manera: ¿cómo es que alguien, Sancho Panza, que por desconocimiento debería confiar en los límites de su mundo, y que por escuchar a Don Quijote, por vivir junto a él, por experimentar las consecuencias de los actos del caballero andante sin poder darles las nobles interpretaciones ni escudarse en encantamientos, termina por dudar de los límites de cualquiera de los dos mundos a que se ve expuesto; cómo es que alguien, Sancho Panza, que desconfía de la pertinencia de las explicaciones e interpretaciones cuando contradicen su experiencia, sin alcanzar a percibir siquiera el conocimiento que sostiene esas explicaciones; cómo es que alguien, Sancho Panza, lo mismo por lo que le cuentan de lecturas hechas, o por ignorancia propia, se inquieta y duda del carácter verdadero y por lo tanto correcto de todo lo que sabe y vive y piensa, cómo es que alguien que duda, Sancho Panza, pasa por tonto?

Bibliografía

BORGES, Jorge Luis, *El hacedor*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 (Biblioteca de autor, BA 0009).

CALVINO, Italo, *¿Por qué leer los clásicos?* Barcelona, Tusquets Editores, 1992.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV Centenario, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, México, 2004.

La “viñeta” es de Pablo Picasso.